ERNESTO GARZÓN VALDÉS EN SUS 80

Eugenio Bulygin

Universidad de Buenos Aires

RESUMEN. Este trabajo recoge la semblanza del profesor Ernesto Garzón Valdés que se presentó en el seminario «Derecho, ética y política. Un debate en torno a la obra de Ernesto Garzón Valdés» (Alicante, 15 y 16 de junio de 2007) con motivo del 80 aniversario del homenajeado.

Palabras clave: Ernesto Garzón Valdés.

ABSTRACT. This paper is the biographical sketch of professor Ernesto Garzón Valdés. It was presented at the seminar «Derecho, ética y política. Un debate en torno a la obra de Ernesto Garzón Valdés» (Alicante, June 15-16th, 2007) on the occasion of his 80th anniversary.

Keywords: Ernesto Garzón Valdés.

Quisiera ante todo agradecer a los organizadores de este simposio la oportunidad que me brindan para hablar acerca de mi gran amigo Ernesto. No voy a vengarme de todos los infundios que Ernesto ha difundido sobre mí en diversas ocasiones. Tampoco quiero abrumarlos a Vds. con la descripción detallada de su ya bastante larga vida, su trayectoria académica, la enumeración de sus numerosas obras, ni con la discusión de sus ideas, para lo cual no soy competente y además para eso están los ponentes de este seminario. Pero sí me gustaría mencionar algunas etapas de su vida académica, destacar algunos rasgos de su carácter y resaltar algunas de sus ideas que me parecen especialmente importantes.

Ernesto nació en 1927 en la docta Córdoba, R.A., una ciudad tradicionalista, en el seno de una familia perteneciente a la antigua aristocracia cordobesa, cuya riqueza era inversamente proporcional a sus blasones, pero cuya prosapia se remonta a los conquistadores. Estudió en el colegio universitario Montserrat que (talvez gracias a la admisión de alumnas mujeres que se produjo hace muy pocos años) sigue siendo uno de los mejores del país. Se recibió de abogado en 1950, pero nunca ejerció esa profesión, pues se dedicó a estudiar filosofía en España y Alemania y a enseñar en su colegio y en la universidad de Córdoba para entrar luego, en 1958, en el servicio diplomático, en el cual se desempeñó durante seis años como agregado cultural en la embajada argentina en Bonn. A diferencia de muchos de sus colegas, no se limitó a frecuentar las recepciones y los cócteles, sino que se dedicó a crear casas de cultura y bibliotecas. A su regreso al país en 1964 supo combinar con envidiable habilidad y no poco esfuerzo físico su actividad diplomática con la enseñanza en tres universidades, bien distantes entre sí (Córdoba, Buenos Aires y La Plata). Ya en aquella época se desarrolló su manía viajera; años después logró enseñar al mismo tiempo no sólo en varios países, sino incluso en tres continentes distintos: Europa, América del Norte y América del Sur.

Entre 1970 y 1973 se desempeñó como director de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores, cargo que le permitió estrechar los vínculos culturales con diversos países latinoamericanos: Uruguay, Paraguay, Perú, Chile, Ecuador, Colombia, Venezuela. En enero de 1974 fue trasladado como ministro plenipotenciario a la embajada argentina en Bonn, pero pocas semanas después fue expulsado del servicio diplomático por el gobierno de Isabel Perón. Durante la dictadura militar Ernesto fue privado de sus cátedras y ya no pudo volver a la Argentina, quedándose en Alemania en calidad de exiliado, pero continuó su actividad académica en Alemania —donde fue nombrado catedrático en la universidad de Mainz— y como profesor visitante en muchísimas universidades: españolas, mexicanas, italianas y hasta finlandesas.

Esta extraordinariamente intensa actividad académica rindió sus frutos: cuatro doctorados honoris causa (Córdoba, Helsinki, Valencia, Rosario), varios premios (Humboldt, Goethe, Konex), incorporación a diversas academias (Córdoba, Buenos Aires, Finlandia) y el cargo de profesor emérito de la Universidad de Córdoba lo atestiguan. Pero mucho más importante que las distinciones y los premios fue su actividad de maestro: en todas las universidades y centros académicos de todos los países por los cuales pasó, Ernesto ha dejado una estela de discípulos, muchos de los cuales son ya ilustres

profesores y algunos están presentes hoy aquí. Me acuerdo como un joven alemán que había estudiado en la universidad de Mainz me dijo una vez: «he tenido un profesor que era un argentino que ni siquiera sabía bien el alemán, pero era por lejos el mejor profesor de toda la universidad».

A pesar de mi propósito de no abrumar al auditorio, me veo obligado a decir algunas palabras sobre la obra de Ernesto, que es realmente inabarcable. La cantidad de libros, artículos, ensayos, compilaciones, traducciones y publicaciones de otros autores, todo esto en varios idiomas, castellano, alemán, inglés, italiano, es realmente impresionante. Mención especial merece su actividad de traductor. 78 libros traducidos básicamente del alemán, pero también del inglés y del italiano, figuran en su *currículum vitae* de la cátedra «Ernesto Garzón Valdés», creada en México por iniciativa de Rodolfo VÁZQUEZ y Ruth ZIMMERLING y es muy posible y aun probable que esa cifra ya haya sido superada, puesto que data de 2004. De esta manera Ernesto hizo accesibles a los lectores de habla castellana una gran cantidad de autores que de otro modo —dada la poca difusión del alemán en estas latitudes— hubieran permanecido desconocidos.

¿Qué puedo decir de las ideas filosóficas de Ernesto? Tuvo muy buenos maestros en Córdoba, en España y en Alemania que le permitieron conocer filósofos clásicos, muy poco leídos por las generaciones jóvenes. Pero estos maestros eran representantes de corrientes filosóficas tradicionales y yo diría casi perimidas. A algunos de nuestros amigos aquí presentes les sorprenderá saber que el paladín de la democracia y de los derechos humanos ha sido de joven un católico creyente y políticamente conservador. Su tesis doctoral versó sobre algunos pensadores opuestos a la revolución francesa y a la democracia, como Joseph DE MAISTRE y cuando yo lo conocí en 1963, aunque ya había abandonado sus ideas reaccionarias, todavía estaba imbuido de filosofía alemana y tenía escasos conocimientos de la filosofía analítica. Pero esta situación cambió drásticamente al volver a la Argentina y encontrarse con gente como GIOJA, CARRIÓ, ALCHOURRÓN, VERNENGO y más tarde NINO. Me acuerdo que en 1963 en Bonn comenzamos a leer FICHTE y nos aburrimos tanto que muy pronto pasamos a VON WRIGHT, del cual tradujimos su *Norm and Action,* traducción que nunca vio la luz porque cuando decidimos pedir la autorización del editor, los derechos ya habían sido otorgados a Tecnos, que publicó más tarde una traducción mucho peor que la nuestra.

Lamentablemente, Ernesto no siguió en la senda de la virtud: en vez de dedicarse a cosas realmente importantes, como la lógica, se ocupó de temas frívolos: ética y filosofía política. Con todo, produjo algunas ideas interesantes que sólo me limitaré a mencionar, pues como ya dije no tengo competencia para analizarlas.

En primer lugar me parece importante su crítica del consenso y también del disenso como vía de aproximación a las verdades políticas y morales y, por ende, a la fundamentación de la legitimidad de la democracia. Señala Ernesto con razón que ni el consenso fáctico, ni el consenso hipotético sirven para llegar a la verdad moral y para la justificación de la democracia; el primero por irrelevante y el segundo por inútil. Que el consenso fáctico es irrelevante desde el punto de vista de una moral crítica o ideal no requiere mayores pruebas; basta echar una mirada a la historia, incluso muy reciente. Me parecen igualmente convincentes sus argumentos respecto del consenso hipotético en las versiones de BUCHANAN, RAWLS o GAUTHIER. Y es muy valiosa también su crítica de la «relevancia discursiva del disenso» defendida por Javier MUGUERZA.

Estas ideas críticas constituyen lo que podríamos llamar *pars destruens* del pensamiento garzoniano. Pero Ernesto tiene también muchas ideas constructivas. Sus análisis del paternalismo y de la tolerancia son ya clásicos y me parece importante destacar dos temas: la idea del *coto vedado* y el *criterio negativo de la razonabilidad ética y política.* Ambas ideas fueron fuertemente criticadas, sobre todo la del coto vedado, pero estas críticas no me parecen convincentes. Es cierto, como sostiene WALDRON, que el coto vedado no elimina completamente la regla de la mayoría, pero su finalidad es dificultar la modificación de ciertas normas y no cambiar totalmente el sistema de decisión. Por otra parte, no cabe duda de que es más fácil lograr acuerdo respecto de lo malo que respecto de lo bueno.

He dicho que no soy competente para discutir estos temas porque, como todo el mundo sabe, soy escéptico en cuestiones morales y no creo que haya tal cosa como la verdad moral, ni tampoco un criterio objetivo de corrección de las decisiones políticas. Ni siquiera creo que la democracia sea un buen sistema de gobierno; lo que sucede es que no conozco ninguno mejor, pero esto no significa que sea bueno, sólo implica que es mejor que otros, es decir, que es el menos malo. En consecuencia me siento un tanto ajeno a este tipo de discusiones.

Para terminar, quisiera referirme brevemente a una cualidad de Ernesto que me parece especialmente relevante. Es su falta de todo dogmatismo, de toda pompa y de toda solemnidad. Una vez Ernesto dijo que lo que más le impresionaba en VON WRIGHT era su humildad intelectual. Creo que esto es plenamente aplicable a él. Su humildad intelectual se traduce en su disposición a la discusión académica, al diálogo con colegas y discípulos, a la charla con los amigos. Ernesto está siempre dispuesto a escuchar las opiniones de otros y tomarlas en serio. Y esto ocurre no sólo porque es un auténtico sabio, sino porque a pesar de sus ochenta abriles sigue siendo un joven. Tengo la sospecha de que Ernesto encontró lo que Ponce de León buscaba en vano y no pudo hallar: la fuente de la juventud. Talvez esta fuente se encuentra precisamente en sus permanentes viajes. En tal caso sólo me resta desearle muchos más viajes y *many happy returns.*